

¿UN “ERROR HISTÓRICO”?

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Si la mayor parte de la comunidad internacional ha definido el acuerdo sobre energía nuclear del pasado 24 de noviembre entre Irán y los miembros del Consejo de Seguridad de la ONU más Alemania como de “acuerdo histórico”, el primer ministro israelí, Benjamin Netanyahu, lo ha calificado de “error histórico”. Desde luego, ha sido un fracaso flagrante de la diplomacia judía, que llevaba semanas tratando de disuadir a las potencias de llegar a un acuerdo con las autoridades iraníes. Afortunadamente, esto no ha sido así y los países implicados no sólo han negociado con Irán, sino que han firmado un acuerdo en virtud del cual este estado se compromete a no enriquecer uranio a niveles aptos para la fabricación de armas nucleares. Todo ello, además, supervisado por el personal de la Agencia Internacional para la Energía Atómica. ¿En qué consiste, pues, el problema? Primero, en que Israel argumenta que el régimen de los ayatolás ha firmado exclusivamente el acuerdo para ganar tiempo, no descartando que a corto plazo puedan hacerse con la tan temida bomba atómica. Segundo, en que, una vez lograda ésta, Irán podría utilizarla contra Israel en un hipotético ataque nuclear. Tercero, en que, convertido Irán en potencia nuclear, Israel dejaría de ser el único actor de estas características en la zona. Y, por último, en que con un Irán nuclearizado, otros países de la región podrían caer en la tentación de hacerse igualmente con armas nucleares (Arabia, por ejemplo). A este respecto, qué casualidad que este último país haya sido, junto a Israel, el que más haya alzado su voz en contra del acuerdo con Irán.

En realidad, el acuerdo con Irán hay que entenderlo como una victoria de la diplomacia de Barack Obama, cuyos logros en política internacional son más bien magros. Sobre todo, por lo que al Próximo Oriente se refiere. Muchas veces ha dicho el presidente estadounidense que fue elegido para poner fin a los conflictos de Afganistán e Irak. O lo que es lo mismo, para tratar de arreglar el desaguisado de su predecesor, Bush hijo. Por eso, en un alarde de puro papanatismo, el Comité Nobel de Oslo le concedió el Premio Nobel de la paz a menos de un año de presidencia. Hasta hoy lejos quedaba su discurso en El Cairo del 4 de junio de 2009 que tantas expectativas generó en el mundo en general y en el Próximo Oriente en particular. No habiéndose logrado aún la estabilidad, lo cierto es que Obama ha cumplido con el cometido de retirar progresivamente sus tropas de Irak y Afganistán. También es verdad que la diplomacia americana ha impulsado un nuevo proceso de paz entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina. Proceso de paz, por cierto, que agoniza por la escasa voluntad de los israelíes a renunciar a seguir colonizando Cisjordania. En verdad, la política de Obama en la zona ha sido errática, con actuaciones más que cuestionables en Libia o en Egipto, por no hablar del seguidismo a los israelíes frente a las demandas de reconocimiento de la Autoridad Nacional Palestina como Estado observador no miembro de la ONU. Sólo en Siria, y gracias a la iniciativa rusa, ha podido frenar el ardor guerrero de países como Francia, Gran Bretaña, Turquía, Arabia o Qatar. Con semejante panorama, no es de extrañar que las críticas a su política exterior le hayan llovido por todas partes. En este sentido, el acuerdo con Irán debe venderlo como un éxito, aunque aún incompleto, porque el acuerdo definitivo no se firmaría hasta mediados del año próximo.

Por supuesto, la posición del presidente estadounidense no es fácil. Las resistencias

internas y externas son numerosas. Entre las primeras están la mayoría del Partido Republicano, empeñado en la política de la mano dura con Irán y en seguir profundizando en las sanciones económicas; numerosos miembros de su propio partido, el Demócrata; una buena parte de la opinión pública norteamericana, que ve en el régimen de los ayatolás una anacronía; y el *lobby* judío, tan potente en los Estados Unidos. Entre las resistencias externas, los países aliados de Estados Unidos en la zona, a saber: Israel, Arabia, Qatar y Turquía, por ejemplo. Buena parte de la comunidad sunita parece sentirse amenazada por que una potencia chiíta, Irán, pueda hacerse con armas nucleares. Una vez más estaríamos ante la pugna entre las dos grandes ramas del Islam. En el caso israelí, sin embargo, la cosa cambia. En varias ocasiones el régimen iraní ha amenazado con la destrucción del Estado de Israel, sin que hasta el momento se haya producido tentativa de ataque alguno. Pero Israel ha apelado, una vez más, a su seguridad, no sintiéndose preocupado por los términos del acuerdo. Algo, por otro lado, nada nuevo entre las autoridades israelíes, que siempre obvian cuantas resoluciones y legislación internacional no comparten. En este caso todavía han ido más lejos al apelar nuevamente al Holocausto.

Obama, por lo tanto, tendrá que convencer a sus aliados en la zona, a la opinión pública estadounidense y al sector díscolo de su partido de la bonanza de un acuerdo que supone reconocer el estatus de potencia regional a Irán en la zona, tras una larga travesía en el desierto desde que Jomeini tomara el poder en 1979. Desde luego, no es fácil y el reto está ahí. Deberá empeñarse a fondo en esta tarea para que el acuerdo final se logre, pudiéndolo entonces ofrecer como una victoria de su política internacional, ahora tan en entredicho. Pero no sólo Obama, pues también el presidente Rohani tendrá que neutralizar a los *halcones* del régimen iraní para facilitar el acuerdo definitivo. En este caso los beneficios económicos del mismo serán, sin duda, de gran ayuda, así como una cierta mejora en las condiciones de vida de los iraníes. En consecuencia, habrá que esperar unos meses.

28 de noviembre de 2013

Publicado en *El Diario Vasco*, 13-I-2014, p. 18